

## ***Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein: una relación incomprendida***

Puede razonablemente sostenerse, sin ser excesivamente temerarios o dogmáticos, que Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein son, con mucho, los dos filósofos más decisivos del siglo XX. De diferente modo y en direcciones no siempre convergentes, ambos marcaron como nadie el destino de la filosofía occidental y, en verdad, de la cultura occidental. Russell, por ejemplo, se encuentra en la raíz de las discusiones sobre los fundamentos de las matemáticas, discusiones de las cuales fueron brotando paulatinamente el programa de Hilbert, el teorema de Gödel y, por alambicados vericuetos, las máquinas de Turing y la teoría de la computación, con la cual el mundo sufrió su mayor revolución de los últimos siglos. Wittgenstein tuvo una menor influencia en el mundo científico, pero la revolución que llevó a cabo en filosofía fue de tales magnitudes que obligó a re-pensar su naturaleza so pena de verla reducida a una actividad banal y hasta frívola. Aunque de personalidades marcadamente diferentes, ambos eran personajes descollantes y podemos decir de ellos lo mismo que dice Russell cuando explica la noción de existencia, para lo cual contrasta a Napoleón con Hamlet. Explica Russell: “Si nadie pensara en Hamlet, no quedaría nada de él; si nadie pensara en Napoleón, él muy pronto haría que algunos lo hicieran”.<sup>1</sup> En otras palabras, en cualquier contexto de meditación filosófica Russell y Wittgenstein habrían destacado. Y, precisamente, si hubo algo que Wittgenstein siempre admiró fue la potencia y la velocidad intelectual de Russell, así como éste siempre, inclusive en los peores momentos de su relación, reverenció la profundidad del pensar y la pasión filosófica de Wittgenstein. De manera que, aunque problemática, en el fondo su relación resultó ser una amalgama indisoluble. Ciertamente podemos pensar en Russell **sin** Wittgenstein y a la inversa, pero es sólo cuando se les contempla en su en ocasiones conflictiva pero siempre intensa y fascinante relación que se les comprende mejor.

Dadas sus magnitudes como pensadores, el contexto en que su relación se dio, sus respectivas personalidades y trasfondos, es comprensible que se hayan gestado en torno a ellos multitud de mitos tendenciosos, de leyendas tergiversadoras cuya consecuencia más nefasta ha sido la de simplemente desfigurar y ocultar la verdadera naturaleza de su relación e interacción. Por muchas razones, lo cierto es que la relación “Russell–Wittgenstein” se vuelve fácilmente un tema de discusión apasionada, frente a la cual lo realmente difícil es mantener la ecuanimidad y la objetividad. Un caso paradigmático de reconstrucción biográfica partidaria, desbalanceada, me atrevería a decir ‘fanática’ y desde luego injusta lo constituyen

---

<sup>1</sup> B. Russell, *Introduction to Mathematical Philosophy*, London, Allen and Unwin, pp. 169-170.

los libros de R. Monk.<sup>2</sup> En realidad, su muy aclamado libro sobre Wittgenstein es una recolección habilidosa de multitud de escritos dispersos sobre el pensador austriaco por parte de los más variados autores, pero en realidad no es el resultado de una investigación histórica propia. Prácticamente todo lo que Monk dice sobre Wittgenstein estaba ya en algún otro texto previamente escrito. Lo que él aportó fueron la congregación de los *data* de los que ya se disponía y su “interpretación”. Fue por libros así, libros de un prestigio tan grande como inmerecido y efímero, que podría temerse que la relación entre Russell y Wittgenstein hubiera quedado definitivamente empañada. Contemplando el asunto retrospectivamente, sin embargo, ahora nos resulta obvio que la obra de Monk no surgió como hongo, espontáneamente, de la nada, sino que más bien representa algo así como la culminación de todo un proceso filosófico-cultural que se dio, especialmente en Inglaterra, desde los años 60 del siglo pasado en adelante, y del cual fueron responsables los grandes seguidores y expositores de Wittgenstein, no siempre sus discípulos directos sino más bien gente interesada en propagar sus ideas, filósofos como G. Baker, P. Hacker, D. Pears y E. Anscombe, por no citar más que a unos cuantos. Se trataba de una tendencia abiertamente hostil a Russell, una corriente de pensamiento que de hecho casi terminó por borrarlo del mapa filosófico de la época. Sin embargo, la recepción mucho más amistosa de los escritos de Russell en los Estados Unidos y el resurgimiento paulatino de la metafísica y más en general de la forma de hacer filosofía que Wittgenstein tanto combatió, sirvieron para restablecer un cierto equilibrio en las apreciaciones generales referentes a Russell y a Wittgenstein, tanto en relación con sus personas como con sus respectivos legados filosóficos. Un ejemplo estupendo de esta revaloración de la relación que siempre prevaleció entre ellos está recogido en la estupenda reconstrucción del famoso encuentro entre Wittgenstein y Popper, tal como nos la ofrecieron D. Edmonds y J. Eidinow.<sup>3</sup> El evento en sí mismo es altamente significativo, pues pone de manifiesto que la verdadera causa del enojo de Wittgenstein se produjo no por las impertinencias de Popper, sino más bien por la un tanto insidiosa participación de Russell en el enfrentamiento entre los dos vieneses. Si los autores del libro tienen razón, como creo que la tienen, en el enfrentamiento que se produjo Popper realmente no cuenta: Russell simplemente lo usó para provocar a Wittgenstein (como lo pone de manifiesto el hecho de que indujo a Popper a cambiar en el último momento el tema de su alocución) y éste prácticamente lo avasalló durante el breve debate que tuvo lugar entre ellos. Pero lo que quedó claro es que fue el que Russell

---

<sup>2</sup> Está, en primer lugar, el libro *Wittgenstein. The Duty of Genius* y luego los dos volúmenes sobre Russell, *Bertrand Russell. The Spirit of Solitude* y *Bertrand Russell. The Ghost of Madness*. Del primero de los libros sobre Russell puede verse mi reseña en *International Journal of Philosophical Studies*, volume 6, number 1, March 1998. En cuanto a Wittgenstein, sin duda alguna mucho más serio y original es el trabajo de B. F. McGuinness, *Young Wittgenstein*, del cual puede también verse mi reseña en *Contextos* 13, Universidad de León, 1989.

<sup>3</sup> D. Edmonds & J. Eidinow, *Wittgenstein's Poker. The Story of a Ten-Minute Argument Between Two Great Philosophers*, New York, Harper Collins Publisher, 2001. Puede verse mi reseña de este libro en *Dianoia*, vol. XLVII, número 48, mayo 2002.

hubiera intervenido como lo hizo lo que le dolió y molestó a Wittgenstein. Ahora bien, lo importante para nosotros es advertir que eso era algo que **sólo** Russell podía llegar a hacer. Es claro para nosotros, aquí y ahora, que aunque su cariz se modificó, la intensidad de sus relaciones no se alteró mayormente a lo largo de cuatro décadas.

Particularmente relevantes para la comprensión de la relación personal y filosófica de Russell y Wittgenstein son las cartas editadas por el Prof. G. H. von Wright.<sup>4</sup> En verdad, vale la pena estudiarlas, por la sencilla razón de que constituyen una refutación completa de la idea de que al regreso de Wittgenstein a Cambridge éste y Russell prácticamente habían dejado de interactuar. Eso es absolutamente falso. Es cierto que ya la relación no era ni podía seguir siendo la del mentor y el alumno, pero eso no implica que el respeto mutuo hubiera desaparecido. Todavía en 1935-1936, en forma reveladora Wittgenstein le escribe a Russell en este tenor:

“No deseo sugerir que debas leer mis clases; pero *si* no tuvieras nada mejor que hacer y *si* extrajeras algún tenue disfrute de ellas realmente me daría mucho gusto”.<sup>5</sup>

Y más o menos por la misma época, Wittgenstein escribe:

Hay por lo tanto las siguientes posibilidades: (a) no voy en lo absoluto al encuentro. Esto obviamente está bien, a menos de que *definitivamente* quieras que vaya.

(b) Podría ir y no tomar parte en la discusión. Tampoco hay problema conmigo por eso, si eso es lo que quieres que haga. (c) Voy y hablo siempre que quieras que lo haga, *i.e.*, cuando tú lo digas.”<sup>6</sup>

Es evidente que Russell era la **única** persona a quien Wittgenstein se habría dirigido de esa manera. En relación con esta situación las fechas son importantes. Como argumento más abajo, la fractura de la relación entre ellos vino un poco después, esto es, cuando Russell (de por sí un ausente de la vida universitaria, por multitud de razones en las que no tenemos por qué entrar) **tuvo** que quedarse a vivir, a partir de 1940, en los Estados Unidos y *de facto* desapareció del panorama filosófico de Inglaterra durante un lustro. Para muchos en aquellos días esa posibilidad era un golpe de suerte, pero para un hombre tan íntegro y tan inexorable moralmente como Wittgenstein el que Russell hubiera pasado tranquilamente la Segunda Guerra Mundial en California muy probablemente significó una solución sospechosamente cómoda, una falta de solidaridad con su país y con su pueblo. En todo caso, es esta la única **clase** de consideraciones (junto con las de carácter político) que podían distanciar definitivamente a Wittgenstein de su ex-maestro.

---

<sup>4</sup> L. Wittgenstein, *Letters to Russell, Keynes and Moore*, Ithaca/New York, Cornell University Press, 1974.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 102.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 103.

Si Wittgenstein era profundo Russell era brillante, sin ni mucho menos pretender insinuar que Wittgenstein no era brillante o Russell profundo. Algo de esto deja traslucir Wittgenstein mismo en una bien conocida carta escrita a Moore en 1946, en donde le dice:

Durante el último encuentro del C[lub] de C[iencias] M[orales] Price fue *con mucho* mejor de lo que había sido Austin. Price estaba dispuesto a discutir cuestiones importantes. Desafortunadamente (creo), Russell estaba allí y de lo más desagradable. Hablantín y superficial aunque, como siempre, *asombrosamente* rápido.

Y estamos hablando de lo que habrá sido una de las últimas veces en que coincidieron en Cambridge antes de perderse de vista definitivamente.

La admiración de Russell por Wittgenstein fue casi desde el primer encuentro prácticamente incondicional. Esto es algo que se comprende y aquilata mejor si se tiene presente el trasfondo biográfico de Russell. Éste era miembro de la nobleza inglesa, había nacido bajo el reinado de la reina Victoria, periodo durante el cual se consolidó una moralidad estricta, puritana, rígida, plagada de convenciones y estereotipos inmodificables. Russell se formó en una sociedad en la que era de mal gusto expresar sus sentimientos, manifestar sus emociones, mostrar sus debilidades, dar a conocer sus ansiedades y requerimientos, pero reaccionó frente a ello y pagó las consecuencias. Ni mucho menos era, pues, Russell un individuo sentimental, de carácter débil o dependiente, sino más bien lo contrario. Por otra parte, era ante todo un hombre perfectamente consciente del especialísimo lugar que ocupaba en el mundo cultural de su época: Russell se encontraba, y él lo sabía, en el núcleo de la vida intelectual inglesa de los primeros 35 años del siglo XX. Por ello, cuando un hombre así, que había redactado *Los Principios de las Matemáticas*, articulado la merecidamente célebre “Teoría de las Descripciones”, que había sido enviado a la cárcel por actividades pacifistas (independientemente de que no estuviera en las condiciones de un reo cualquiera), escrito algunos importantes libros de filosofía política y que había terminado por convertirse en un auténtico líder de opinión, en 1952 escribe:

“Llegar a conocer a Wittgenstein fue una de las más excitantes aventuras intelectuales de mi vida. En años posteriores había una falta de simpatía intelectual entre nosotros, pero en los primeros años yo estaba tan deseoso de aprender de él como él de mí. Su pensamiento tenía un grado casi increíble de

penetración apasionadamente intensa, a la que yo sin reservas le entregué toda mi admiración”.<sup>7</sup>

lo que ese hombre está haciendo es una **confesión** de una admiración y respeto indelebles, algo a lo que Russell, por diversas razones, no era particularmente proclive. Y nótese el énfasis que pone al señalar la clase de alejamiento que les afectaba, a saber, puramente intelectual. Otras facetas de la relación estaban y permanecieron intactas. Infiero lo siguiente: es innegable que la relación personal entre Russell y Wittgenstein, intensa pero inestable desde el principio, en algún momento se rompió y que la animadversión filosófica entre ellos se incrementó, en gran medida porque Russell, grande como lo era en el modo de hacer filosofía que Wittgenstein estaba poniendo en cuestión, simplemente no podía asimilar la nueva lección filosófica wittgensteiniana. Pero es igualmente innegable que detrás de esos hechos se mantuvo una vinculación de respeto mutuo que nunca feneció. Por consiguiente, cualquier intento por dar cuenta de la relación entre estos dos grandes filósofos que no rescate este último aspecto mencionado estará inevitablemente falseando los hechos.

A decir verdad, éstos empezaron desde muy pronto a verse alterados o, para ser más precisos, desde muy pronto después de la muerte de Wittgenstein, en 1951. Un claro ejemplo de ello nos lo proporciona la cuestión, casi baladí, de a quién conoció primero Wittgenstein, si a Russell o a Frege. La versión oficial, propagada por el Prof. G. H von Wright<sup>8</sup> y aceptada como dogma teológico por prácticamente todo mundo es la siguiente:

durante su estancia en Manchester, Wittgenstein habría empezado a interesarse en los temas de fundamentación de las matemáticas, habría leído el libro de Russell, *Los Principios de las Matemáticas*, lo cual lo habría inspirado para ir a Jena a visitar a Frege (dado a conocer por primera vez en lengua inglesa por Russell) y a preguntarle a éste con quién podía trabajar sobre los temas abordados en el libro (!) Aparentemente, Frege le habría recomendado regresar a Inglaterra e ir a estudiar con Russell. Así, el itinerario de Wittgenstein habría sido “Manchester-Jena-Cambridge”. Desde luego que ello no es lógicamente imposible, pero como reconfiguración de hechos es *prima facie* un tanto implausible, por no decir descabellado. Esta que es la versión difundida por von Wright y, como dije, aceptada casi universalmente, se apoya en **una** afirmación del propio von Wright, a saber, que Wittgenstein le habría comunicado a él verbalmente que así habían pasado las cosas. El Prof. von Wright extrae de inmediato la conclusión de que muy probablemente Russell estaba equivocado al afirmar lo contrario.

---

<sup>7</sup> K. T. Fann (ed), *Ludwig Wittgenstein. The Man and His Philosophy*, New Jersey, Humanities Press, 1967, p. 31.

<sup>8</sup> G.H. von Wright, “Wittgenstein. A Biographical Sketch” en *Ludwig Wittgenstein. A Memoir* de N. Malcolm Oxford/New York, Oxford University Press, 1984, p. 6.

La situación es problemática, porque él único testigo de los hechos, esto es, Russell, un apasionado de la narrativa histórica él mismo, sostiene exactamente lo contrario de lo que von Wright afirma y, por lo tanto, con el mismo derecho se puede defender la idea de que o fue Wittgenstein quien se equivocó al hablar de algo que había sucedido 40 años antes o que fue von Wright quien entendió mal lo que Wittgenstein le había contado. En todo caso, también Russell enfáticamente afirma que Wittgenstein le había confiado que él todavía no se había encontrado con Frege cuando ellos se conocieron. Escribe Russell hablando de Wittgenstein:

Progresó muy rápidamente en lógica matemática y pronto sabía todo lo que tenía que enseñarle. Todavía no, pienso, conocía a Frege en aquella época, pero lo leía y lo admiraba enormemente.<sup>9</sup>

Si Russell tiene razón, el trayecto de Wittgenstein habría sido “Manchester-Cambridge-Jena”, el cual a primera vista por lo menos es mucho más razonable. Pero entonces ¿por qué tuvo tanto éxito y fue aceptada de manera tan acrítica la versión de von Wright? Lo que sucede es que ésta encajaba a la perfección con el esfuerzo que se hizo durante mucho tiempo por acercar a Wittgenstein con Frege en detrimento de Russell y a desligarlo de este último hasta donde fuera posible. La verdad es que la cuestión de a quién conoció primero Wittgenstein, si a Russell o a Frege, en el fondo no tiene mayor importancia, pero sirve para ilustrar nuestra tesis de la incompreensión generalizada de su relación. Para intentar zanjar el asunto, rápidamente delinearé lo que creo que es la resolución del enredo que, a final de cuentas, es muy simple. En mi opinión, lo que pasó fue lo siguiente:

Wittgenstein se familiarizó con una temática para él nueva a través del libro de Russell, *Los Principios de las Matemáticas*, pero este último automáticamente lo puso en contacto con la obra de Frege (*Apendice A* del libro). A Wittgenstein, naturalmente, le resultaba mucho más fácil por aquella época ponerse en contacto para inquirir sobre estos temas con un experto alemán que con uno inglés y procedió en concordancia: se puso en contacto **epistolariamente** con Frege y ciertamente fue éste quien le recomendó, puesto que ya estaba en Inglaterra, que fuera a trabajar con Bertrand Russell, que fue precisamente lo que Wittgenstein hizo. Se resuelve así el misterio y se concilian las dos versiones: es cierto, como sostiene von Wright, que Wittgenstein conoció primero a Frege que a Russell sólo que **por carta**, y es cierto, como lo señala Russell, que lo conoció a él primero, **personalmente**. Si esta reconstrucción es acertada, mucho de lo que se ha escrito sobre la influencia en Wittgenstein de Frege y de Russell, sus empatías, coincidencias y divergencias, sencillamente se derrumba.

---

<sup>9</sup> B. Russell, “Memoirs of Wittgenstein” en Fann, *op. cit.*, p. 30.

En realidad, todo el material bibliográfico asequible ha sido cuidadosamente estudiado tanto por biógrafos como por filósofos profesionales que se han sentido atraídos por el tema de las relaciones “Russell–Wittgenstein”, pero es claro que algunas cosas en general se les han escapado. Hay ocasiones en que Russell y Wittgenstein se expresan, por así decirlo, sibilamente y hay entonces que leer entre líneas para entender que se están refiriendo uno al otro. En general, yo sostengo que, con la excepción de lo explícitamente defendido en el *Tractatus*, la mejor receta para comprender el sentido de multitud de pronunciamientos wittgensteinianos es familiarizarse previamente con lo que Russell sostiene sobre los temas que Wittgenstein va abordando. No sería difícil apuntar a múltiples reflexiones de este último cuyo blanco son tesis de Russell, ya sea sobre *sense-data* y la privacidad de la experiencia, sobre la forma lógica y la gramática en profundidad, sobre las reducciones logicistas y la naturaleza de las matemáticas o sobre cualquier otro de los grandes temas de filosofía de la mente, del lenguaje, de la lógica, de teoría del conocimiento, etc., que ocuparon la mente de Russell. Esto concuerda con lo que de alguna manera he venido sosteniendo, a saber, que (aparte de Frege) el único interlocutor real de Wittgenstein fue básicamente Russell. Esto es relativamente fácil de percibir desde el *Tractatus* hasta *On Certainty*. Pero ¿pasa lo mismo con Russell? ¿Realmente estuvo Wittgenstein siempre presente en sus escritos? Intentaré poner en claro esto que es un asunto a la vez interesante y polémico.

Empecemos con cuestiones de orden personal. Es bien sabido que, como parte de su campaña pacifista durante la Primera Guerra Mundial, Russell dio una serie de conferencias que quedaron recogidas en un extraordinario texto, a saber, *Principles of Social Reconstruction*. Es este un libro injustamente desdeñado, el cual contiene las simientes de toda una teoría del estado, de una concepción original de las dimensiones de la vida humana (instintiva, mental y espiritual) y de lo que es la realización completa del ser humano. Es también un libro de protesta en contra de la guerra, pero en especial de la guerra que en ese momento se libraba. ¿Por qué? Todos sabemos, por las famosas conferencias sobre el atomismo lógico que Russell impartiera dos años después, durante las cuales él explícitamente reconocería la paternidad de Wittgenstein de muchas de las ideas que allí expone, cuán agradecido estaba él con su antiguo ex-alumno austriaco y de qué manera lo había éste impactado. Russell, siendo como era, no siempre y no fácilmente dejaba traslucir su estado emocional, pero en *Principles*, que es un libro de una prosa espléndida, casi poética, ya no se contiene y en el último párrafo del último capítulo, “Lo que Podemos Hacer”, para cerrar el libro, da rienda suelta su emoción y a su enojo, en un texto que vale la pena reproducir. Afirmo Russell:

Como maestro, he tenido la buena fortuna de entrar en contacto con jóvenes de muy diferentes naciones – con jóvenes en quienes la esperanza estaba viva, en quienes la energía creativa que existía habría realizado en el mundo alguna parte al menos de la belleza imaginada por la cual vivieron. Fueron

barridos por la guerra, unos de un lado, otros de otro. Algunos todavía están peleando, algunos quedaron lisiados de por vida, otros están muertos; de aquellos que sobrevivan ha de temerse que muchos habrán perdido la vida del espíritu. Que la esperanza habrá muerto, que la energía se habrá desgastado y que los años por venir serán sólo un tedioso viaje hacia la tumba. De toda esta tragedia, no pocos de quienes enseñan parecen no tener ningún sentimiento: con implacable lógica demuestran que estos jóvenes fueron inevitablemente sacrificados en aras de algún fin fríamente abstracto; imperturbables ellos mismos, después de un momentáneo asalto del sentimiento, rápidamente recaen en la comodidad. En hombres así, la vida del espíritu está muerta. Si estuviera viva, saldría para encontrar el espíritu en el joven, con un amor tan conmovedor como el amor del padre o de la madre. No tendría la conciencia de los límites del yo: su tragedia sería también la propia. Algo rompería en llanto: “No, esto no está bien; esto no es bueno, esto no es una causa sagrada, en la que la brillantez del joven quede destruida y disminuida. Somos nosotros, los viejos, quienes pecamos; enviamos a estos jóvenes al campo de batalla por nuestras malas pasiones, nuestro espíritu muerto, nuestro fracaso en vivir generosamente por la calidez del corazón y de la visión viviente del espíritu. Salgamos de esta muerte, porque somos nosotros los que estamos muertos, no los jóvenes que murieron a través de nuestro miedo a la vida. Sus mismos fantasmas tienen más vida que nosotros: ellos nos retienen para siempre en la vergüenza y en la deshonra para todas las edades por venir. De sus fantasmas tiene que venir la vida y es a nosotros a quienes deben ellos vivificar.”<sup>10</sup>

Hay en este texto por lo menos cinco alusiones veladas a Wittgenstein de quien en ese momento Russell guarda un bello y angustioso recuerdo pues, entre otras cosas, no sabe si aquel joven impetuoso a quien había enseñado todo lo que él sabía de lógica y de quien se había nutrido filosóficamente como de nadie, había fallecido o estaba todavía vivo. El texto claramente deja traslucir el sentimiento casi paternal de Russell por Wittgenstein, esto es, por aquel hombre joven que solía irrumpir intempestivamente en sus habitaciones en *Trinity College* para caminar durante horas sin decir una palabra, pensando en la lógica y en sus pecados, como Russell mismo lo reporta. Lo que yo sostengo es simplemente que **esa** relación tan inusual era tan sólida que perduró, inclusive si se fue lentamente modificando y diluyendo. Quien no entiende eso no comprende cabalmente la clase de relación que los unió.

Por razones más bien obvias, Russell no era un pensador muy inclinado a citar a otros. Dejando de lado sus obras de carácter expositivo e histórico, como su reconstrucción de las ideas de Frege, su libro sobre Leibniz o su *Historia de la*

---

<sup>10</sup> B. Russell , *Principles of Social Reconstruction*, London, Allen and Unwin, 1971, pp. 170-71.

*Filosofía Occidental*, Russell rara vez alude a otros pensadores. En algún artículo polemiza con C. Hempel, tiene alguna alusión a A. Tarski, cita ocasionalmente a A. N. Whitehead y a alguno que otro más. Rudolf Carnap es quizá el filósofo más citado por Russell. Ahora bien, quien, para bien o para mal, explícita e implícitamente está presente en su obra es Wittgenstein. Más aún: me atrevo a afirmar que Russell tiene **un libro** consagrado al pensamiento de Wittgenstein. Cuál es ese libro y por qué lo escribió Russell es algo que, creo, puede explicarse.

Durante su gran periodo de aprendizaje inicial y posterior colaboración, hasta antes de la Primera Guerra Mundial, Wittgenstein y Russell compartieron un proyecto filosófico del cual, muy a grandes rasgos, Russell sentó las bases y Wittgenstein le dio su formulación última, por no decir ‘perfecta’. Me refiero, claro está, a lo que podríamos denominar aquí y ahora para efectos de exposición el ‘proyecto del atomismo lógico’. Si bien es cierto que Wittgenstein rechaza diversas teorías fundamentales al sistema atomista-lógico russelliano (la Teoría de los Tipos Lógicos, la idea de un meta-lenguaje legítimo, etc.), también lo es que Wittgenstein desarrolla la visión atomista del mundo y el lenguaje hasta sus últimas consecuencias. En el *Tractatus* está contenida una filosofía cuya construcción ciertamente había sido iniciada **por** Russell, pero que alcanza su formulación radical en el libro de Wittgenstein. Ahora bien, muchos de los puntos de vista de la nueva filosofía que Wittgenstein aportaba, como por ejemplo la idea de que las verdades de la lógica eran tautologías, eran tan aclaratorias y tan contundentes que Russell con gusto las hizo suyas. Sin embargo, había otras, como la crítica wittgensteiniana de la identidad o su doctrina de lo que no puede ser expresado en el lenguaje, que para Russell eran inaceptables. Ahora bien, después de un breve periodo de ausencia de los escenarios filosóficos, Wittgenstein regresó a la filosofía y siguió su propio derrotero, desarrollando así una nueva forma de hacer filosofía. Russell, en cambio, quedó como hipnotizado por el *Tractatus*, motivado por un deseo ardiente de responder a los retos que para él ese texto incorporaba. Russell trabajó en ello y al cabo de 20 años pudo tener lista, independientemente de si es exitosa o no, lo que sería su respuesta final al *Tractatus*. Dicha respuesta **es** su libro, aparecido en 1941, *An Inquiry into Meaning and Truth*. Sólo como una respuesta a las dudas e inconformidades que quedaron de aquella memorable semana en la que ambos discutieron el manuscrito de Wittgenstein en La Haya, cuando se reencontraron una vez terminada la Primera Guerra Mundial y habiendo sido Wittgenstein liberado, que puede comprenderse cabalmente ese libro de Russell. Estamos hablando de un libro publicado veinte años después. No es nada fácil encontrar una mejor muestra de relación filosófica real y vigente entre dos grandes filósofos.

Es menester notar, como una curiosidad un tanto incongruente, que en el libro recién mencionado Russell sigue discutiendo con el autor del *Tractatus* cuando en realidad éste ya se encontraba en una fase superior de su desarrollo filosófico. Su influencia en el mundo filosófico inglés, sin embargo, se dejaba sentir con fuerza a

través sobre todo de algunos de sus discípulos, los cuales eran connotados filósofos. Por obvias razones, entre las cuales habría que mencionar el hecho de que en varias ocasiones se le había pedido que emitiera dictámenes sobre los nuevos escritos de Wittgenstein, Russell no podía ser indiferente al desarrollo filosófico wittgensteiniano, del cual él tenía un conocimiento de primera mano. Y esto es algo que se puede vagamente vislumbrar en el libro mencionado. Por ejemplo, al ofrecer su caracterización de lo que es una palabra, Russell se refiere a ellas como formando familias y añade en una nota “Le debo esta forma de exponer el asunto a Wittgenstein”. O sea, Wittgenstein ya había puesto en circulación su importante noción de semejanzas de familia, gracias a la cual puede desplegar un destructivo ataque sobre el esencialismo tradicional, y Russell retoma su noción, si bien la verdad es que no sabe realmente qué hacer con ella. Pero esto último es irrelevante para nosotros. Lo que sí es importante es que datos como ese ponen de manifiesto el hecho de que hasta los inicios de la Segunda Guerra Mundial, Russell estuvo en contacto permanente con Wittgenstein, aunque obviamente no como antaño lo habían estado, en parte por razones ajenas a sus voluntades. Para empezar, Russell había sido expulsado de la Universidad de Cambridge, en la cual fue readmitido sólo muchos años después. También cuenta el hecho de que por aquellos tiempos Russell tenía una familia que lo absorbía totalmente, un proyecto de escuela que exigía dedicación, tiempo y esfuerzos de diversa índole y todo ello lo alejaba de la vida académica, en la cual Wittgenstein estaba inmerso. A pesar de todo, la relación entre ellos se mantenía y seguía siendo de mutuo respeto.

Dije más arriba que el verdadero distanciamiento, el distanciamiento definitivo entre Russell y Wittgenstein se produjo propiamente hablando después del regreso de Russell de los Estados Unidos, esto es, a partir de 1944. Podría pensarse que más de 4 años de ausencia bastan para explicar dicho distanciamiento, pero ello no es así más que en el caso de relaciones superficiales. La verdad es otra. Russell regresó de los Estados Unidos después de haber padecido toda una serie de vicisitudes y de experiencias desafortunadas, pero también después de haber estado viviendo en la seguridad que daba el estar lejos de los bombardeos, las privaciones y los peligros que acarrearán conflictos bélicos como la Segunda Guerra Mundial. Independientemente de que su estancia en los Estados Unidos haya sido casi forzada por los acontecimientos, para muchos esa situación de privilegio lo volvía sospechoso y le restaba autoridad moral, un área en donde Wittgenstein era particularmente intransigente. Pero eso no es todo: también cuenta el hecho de que cuando Russell regresó la atmósfera filosófica en Cambridge estaba totalmente dominada por Wittgenstein y a Russell se le deparó una acogida inusualmente fría y hasta hostil.<sup>11</sup> El efecto no se hizo esperar: muy rápidamente Russell sintió que era un extraño en su propia tierra. Con todo, ello no hubiera bastado para generar entre

---

<sup>11</sup> Está, por ejemplo, la muy severa reseña de su libro *Human Knowledge: its scope and limits* por parte de uno de los discípulos más destacados de Wittgenstein y más cercanos a él, a saber, Norman Malcolm.

él y Wittgenstein el rompimiento que efectivamente se produjo. Pero entonces ¿qué causó el distanciamiento definitivo entre ellos? Dejando de lado divergencias filosóficas, la verdadera razón de su enemistad hacia el final de la vida de Wittgenstein fue sobre todo de carácter político. En efecto, por una parte Russell se convirtió (durante un periodo relativamente breve) en un paladín del anti-sovietismo, al grado de proponer en una carta un chantaje nuclear a la Unión Soviética si ésta no abandonaba sus esfuerzos por construir lo que sería su primera bomba atómica. La carta en cuestión era ciertamente privada, pero el primer ministro inglés de la época, que es a quien Russell se la había dirigido, le pidió permiso para publicarla y Russell accedió. Entonces todo el mundo se enteró de que el gran líder de opinión, el gran humanista Bertrand Russell aconsejaba que se amenazara con un bombardeo atómico a la Unión Soviética si ésta no aceptaba las condiciones que básicamente los Estados Unidos querían imponerle. Esto era algo frente a lo cual por muchas razones Wittgenstein no podía ser indiferente. Fue, pues, el papel político público que Russell durante algún tiempo desempeñó lo que Wittgenstein repudió. Manuel Sacristán ha expuesto de manera sucinta y clara el rol desempeñado por Russell a mediados del siglo pasado. Escribe Sacristán: “Superada la fase más aguda de la crisis mundial, la producción política de Russell entra en un periodo de intensa polémica anticomunista vulgar, aunque con ocasionales afirmaciones de socialismo incluso en este periodo”.<sup>12</sup> Russell, que era una figura pública de renombre, llegó a fotografiarse vestido con el uniforme del ejército norteamericano. Para muchos esto era sencillamente imperdonable.

Obviamente, la nueva postura política de Russell resultaba para Wittgenstein declaradamente inaceptable. Tal vez no podamos aceptar la muy sugerente tesis de Kimberly Cornish quien en su interesante libro, *The Jew of Linz*,<sup>13</sup> insinúa más que sostiene que Wittgenstein era la cabeza del famoso grupo de espías de Cambridge, esto es, los espías que finalmente lograron traspasarle a la Unión Soviética los secretos de la bomba atómica. Empero, inclusive si rechazamos esa tesis, lo que es incuestionable es que Wittgenstein se había radicalizado y que era un hombre de lo que en aquellos tiempos era “ser de izquierda”. De hecho él había intentado quedarse a vivir en la Unión Soviética y, por diversas razones, había tenido que desistir de su empeño. De lo que no hay dudas es de la dirección en la que se movían sus simpatías políticas. Y todo esto nos permite ofrecer un diagnóstico claro en relación con el enfriamiento definitivo de la relación entre Russell y Wittgenstein: finalmente, fue un distanciamiento **político** lo que, drástica y definitivamente, los separó. Y esto es perfectamente comprensible: ambos eran personas que se tomaban muy en serio las ideas y las posiciones políticas. En ese terreno, como en el de la moralidad, ambos eran individuos de una integridad inusuales y, evidentemente, en este contexto ninguno de los dos estaba dispuesto a hacer concesiones.

<sup>12</sup> M. Sacristán, “Epílogo” en *Russell* de A. J. Ayer, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1973, pp. 166-67.

<sup>13</sup> K. Cornish, *The Jew of Linz. Wittgenstein, Hitler and Their Secret Battle for the Mind*, Reading, Arrow Books Limited, 1999.

Russell sobrevivió 18 años a la muerte de Wittgenstein, periodo durante el cual se volvió a producir una segunda “paradoja de Russell”. Leal a sus convicciones y a sus valores, Russell se fue perfilando cada vez más como un auténtico intelectual, es decir, no como lo que A. Gramsci con desdén llamaba un “intelectual orgánico”. Eso lo llevó a enfrentamientos cada vez mayores con el *status quo*, pues se fue paulatinamente convirtiendo en un crítico muy incómodo del gobierno norteamericano y de su guerra en Vietnam, en contra de la cual terminó organizando el “Tribunal Russell”, el ahora famoso Tribunal de Estocolmo, el cual analizó, juzgó y condenó la política criminal del gobierno americano en Vietnam. Para nuestros efectos, la paradoja de la que hablé y que es puramente imaginaria consiste en lo siguiente: en los últimos años de su vida Russell fue retomando posiciones progresistas, anti-capitalistas y anti-imperialistas, con lo cual se fue acercando poco a poco a posiciones políticas cada vez más cercanas a las de Wittgenstein. Esto nos permite especular que de haber estado Wittgenstein vivo durante la última etapa de la vida de Russell, la conducta sin duda valiente y honesta de este último los hubiera vuelto a acercar para retomar y proseguir así lo que sin duda fue uno de los diálogos filosóficos más fructíferos y bellos de la historia.